CARTA PASTORAL

QUE EL ILMO. SEÑOR

DR. D. JULIÁN DE DIEGO ALCOLEA,

OBISPO DE ASTORGA,

DIRIGE AL CLERO Y FIELES DE SU DIÓCESIS

AL INAUGURAR SU PONTIFICADO

ASTORGA:
TALLERES TIPOG. Y LIB. RELIG. DE NICESIO FIDALGO
Calle del Seminario, n.º 3.
—
1905

G-F 8920

CARTA PASTORAL

c.1200302 t.109464

CARTA PASTORAL

QUE EL ILMO. SEÑOR

DR. D. JULIÁN DE DIEGO ALCOLEA,

OBISPO DE ASTORGA,

DIRIGE AL CLERO Y FIELES DE SU DIÓCESIS

AL INAUGURAR SU PONTIFICADO

ASTORGA:
TALLERES TIPOG. Y LIB. RELIG. DE NICESIO FIDALGO
Calle del Seminario, n.º 3.
—
1905

R. 121880

NOS EL DR. D. JULIAN DE DIEGO ALCOLEA,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA, OBISPO DE ASTORGA.

Al venerable Deán y Cabildo de nuestra Santa y Apostólica Iglesia Catedral, Arciprestes, Párrocos, y demás Clero, Comunidades religiosas y fieles todos de nuestra Diócesis.

Salud en Nuestro Señor Jesucristo:

Hermanos é hijos muy amados:

Al dirigiros por primera vez la palabra, sentímonos poseidos de gran confusión y temor. Venimos á suceder en la ilustre sede de Astorga á varones esclarecidos, que desde los mismos tiempos apostólicos la han iluminado con las luces de su santidad y de

su ciencia y ante esos soles de primera magnitud, que brillaron en la Iglesia de Dios, aparece mayor nuestra insuficiencia y pequeñez, á la manera que ante la brillante luz de un sol claro y esplendoroso, aparece más despreciable y mezquino el insignificante fulgor de la fogata, que el viajero ha encendido para que le alumbrara durante la noche. Consuélanos, sin embargo, en medio de nuestros temores, el convencimiento que tenemos de la gran fé y piedad que poseeis, de la que teníamos noticia aún antes de venir á esta Diócesis y de la que habéis dado muestras inequívocas con motivo de nuestra entrada en ella. Por esta razón, á pesar de lo poco que en las propias fuerzas confiamos, esperamos en el Señor que nos envia á vosotros y abrigamos la confianza que Él nos concederá gracias y auxilios, no en relación con nuestros escasos merecimientos, sino en proporción á vuestra piedad acendrada y podremos decir lo que el Apostol: «*Omnia possum in eo qui me confortat*». (1)

No venimos, carísimos hermanos y amados hijos, á reñir batallas por la dominación

(1) Philip. IV—13.

de las cosas terrenas pues el que nos envía ha dicho «*Regnum meum non est de hoc mundo*»: (1) venimos en nombre de Cristo, somos, aunque indignos, su representante y Cristo vino, no á desencadenar las pasiones sino á traer al mundo la paz verdadera, la paz que no se consigue por medio de las delicias y de las riquezas, sino por el sacrificio y negación de sí mismo, la paz que dá una conciencia segura de haber cumplido sus deberes para con Dios, la paz que se anunció por los ángeles cuando apareció el Redentor sobre la tierra y la misma que El dejó como precioso legado á sus Apóstotoles al subir á los cielos. Nuestra misión es también misión de amor, de aquel amor con que Jesucristo quiere que arda toda la tierra según sus palabras: «*Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur?*» (2), de aquel amor que el Salvador quiso que fuese la señal y distintivo de todos sus discípulos, conforme al mandato que, como testamento les dió en la última Cena.

Nuestros propósitos no pueden ser otros

(1) Joan. XVIII—36.

(2) Luc. XII—49.

que los contenidos en las palabras del Apóstol San Pablo que forman la divisa de nuestro escudo «*Instaurare omnia in Christo*» (1) y que queremos sea el fin y objeto de nuestros trabajos. Nuestra aspiración más ardiente es que la vida de todos vosotros y todas vuestras acciones, así aquellas que no salen de los estrechos límites del hogar doméstico, como aquellas otras que se desenvuelven en el más vasto campo de la vida social, estén inspiradas en la doctrina y en los ejemplos de Cristo.

Ocurre en nuestra sociedad un fenómeno muy digno de ser estudiado y es, que la inteligencia humana en su incesante trabajo acumula cada día nuevos y más brillantes descubrimientos, son cada vez más grandes los triunfos del entendimiento sobre la materia, ábrense dilatados horizontes á las humanas aspiraciones, las comodidades y el bienestar de que el hombre puede rodearse, son mayores de día en día; mas lejos de crecer en igual proporción la paz de los espíritus, parece disminuír á medida que crecen y se multiplican los goces materiales, y

(1) Ephes. I—10.

mientras en las grandes ciudades agítanse las muchedumbres sin encontrar descanso en sus anhelos, ni ver mitigadas sus ansias, y los hombres más eminentes en las ciencias, en las letras y en la política buscan en vano la felicidad que no encuentran, pareciendo como consecuencia necesaria de las riquezas y comodidades, que en esos grandes centros se acumulan, la pesada bruma de escepticismo, de desaliento y de desesperación que sobre ellos flota; allá entre los riscos y breñas de la montaña, goza de plácida calma el pastor humilde, que despojado de las comodidades que dan las riquezas, sabe sin embargo, en medio de una vida de amarguras y de sufrimientos elevar su corazón á Dios y tiene la dulce esperanza de que sus penas y trabajos serán recompensados en una vida feliz con que el justo Juez de vivos y muertos, que ha contado todas sus amarguras y privaciones sobre la tierra, le dará el premio que sus buenas obras merecen.

Así lo anunció el Salvador del mundo en aquella parábola del rico, que en medio de sus goces fué sepultado en el infierno y al ver al pobre Lázaro, al que tantas veces

había menospreciado, sublimado al cielo, pedía que le fuese concedido algún consuelo por mediación de este, obteniendo esta respuesta: «Porque has gozado durante tu vida toda clase de bienes y Lázaro sufrió toda clase de males ahora aquel es consolado y tu atormentado. «*Quia recepisti bona in vita tua, et Lazarus similiter mala; nunc autem hic consolatur, tu vero cruciaris*» (1).

La razón de esto es, que la vida del hombre después del pecado de nuestros primeros padres en el paraiso, resulta un problema misterioso cuya solución solo puede encontrarse en Cristo á quien le fué dado por su Eterno Padre ser el camino único para nuestra salvación. Eso significa la visión referida por S. Juan en el Apocalipsis de un libro sellado con siete sellos, que por nadie pudo ser abierto más que por el Cordero Celestial que fué sacrificado por la redención del género humano. El libro cerrado y sellado cuyo contenido nadie puede descifrar es imagen de los destinos del hombre que solo el Verbo humanado puede descubrir y enseñar á los demás.

(1) Luc. XVI—25.

Los hombres más sabios y eminentes, que han ilustrado al mundo con sus escritos, no han podido penetrar el misterioso enigma de dar satisfacción completa á las justas aspiraciones de la humanidad. Los genios más grandes han trabajado en vano por hallar la paz que el corazón ansía y por la que suspiraba el mundo aun en medio de las civilizaciones brillantes de Grecia y de Roma y á pesar de los esplendores que el poder nunca superado de un pueblo grande, civilizado y culto había acumulado en sus manos.

Jesucristo vino al mundo, no á suprimir el dolor y el sacrificio, consecuencia necesaria del pecado de Adán, sino á ennoblecerlo y á santificarlo, convirtiéndolo en instrumento de resurrección y de salud. En el Redentor se unieron, según la expresión del Real Profeta la misericordia y la verdad: «*Misericordia et veritas obviaverunt sibi*» (1) porque Jesucristo, ilustrando nuestro entendimiento con las verdades de la revelación, nos enseñó cuales eran los deberes del hombre sobre la tierra y cuales sus destinos después de la muerte y muriendo por noso-

(1) Psal. LXXXIV-11.

tros, nos mostró con su ejemplo cómo el sufrimiento se convierte en fuente de dicha, de engrandecimiento y de regeneración, y dió la paz á los atribulados espíritus que por ella suspiraban. Por esta razón, añade el sagrado texto que en Cristo diéronse un ósculo la justicia y la paz: «*Justitia et pax osculatæ sunt*». (1)

Cristo, conforme á la frase de S. Pablo, reconcilia al hombre con Dios: «*Deus erat in Christo mundum reconcilians sibi*» (2) y por efecto de esa reconciliación los que siguen á Cristo pueden encontrar la paz, que fuera de El es quimérico buscar. Lo que no ha alcanzado la ciencia, ni el poder, ni el ingenio, ni las riquezas, lo halla el cristiano por medio de Cristo. Así, mientras el que de Cristo se aparta, no encuentra más que dudas, vacilaciones y tinieblas; el que sigue á Cristo, vese inundado por aquella luz divina, que brilla sin extinguirse desde lo alto de la cruz y á cuyo benéfico influjo han brotado las virtudes cristianas y se han elevado hasta una perfección que ni soñarse puede fuera del cristianismo.

(1) Psal. LXXXIV-11.
(2) II Corinth. V-19.

Mas no solo dice el texto sagrado que Cristo reconcilia el mundo con Dios, sinó que en Cristo está Dios mismo reconciliando el mundo consigo, porque es efecto de la redención no solo que Dios perdone los pecados al hombre que le busca por medio del Redentor, sino que todas las acciones que se hacen en nombre de Cristo y siguiendo sus ejemplos adquieren por la aplicación de sus méritos una eficacia sobrenatural y casi divina, de tal manera que toda la vida humana, cuando se nutre con la savia celestial de la doctrina evangélica, aunque por la condición del que la vive es terrena, por los méritos del Redentor es sobrenatural y celeste. En confirmación de esto en el evangelio se compara la vida cristiana á la de los sarmientos de una vid, porque así como los sarmientos mientras viven unidos á la vid producen sabroso fruto, más en el momento que de ella se separan pierden la vida y sólo sirven para el fuego, así los que viven unidos espiritualmente á Cristo producen frutos de vida eterna; mas en los que están separados de El solo se encuentran acciones inútiles para la vida del alma y dignas del

fuego eterno. «*Ego sum vitis, vos palmites: qui manet in me, et ego in eo, hic fert fructum multum: quia sine me nihil potestis facere. Si quis in me non manserit, mittetur foras sicut palmes, et arescet, et colligent eum, et in ignem mittent, et ardet.*» (1)

Ved pues, hermanos é hijos muy amados, cómo Cristo todo lo engrandece y vivifica, transformando al hombre y ennobleciéndole de un modo tan admirable, que ante los resplandores de la fé y por virtud de los méritos divinos de nuestro augusto Redentor, lo pequeño se hace grande, lo terreno se convierte en sobrenatural, lo que comienza entre las oscuridades y tinieblas de esta vida se alza poderoso hasta las altas y eternales cumbres de la gloria.

Veinte siglos han pasado desde que Cristo comenzó á predicar el Evangelio: veinte siglos en los que el infierno no ha cesado un momento de suscitar adversarios á la obra del Redentor: veinte siglos durante los que esta ha sido combatida por las potestades de la tierra y por hombres de ingenio y de ciencia que han utilizado en sus combates

(1) Joan. XV-5 et 6.

cuantos medios han podido hallar y les han prestado sus conocimientos y sin embargo, todavía no ha podido presentarse objeción seria contra los preceptos de la moral evangélica. Todo lo brillante, todo lo verdaderamente grande que se encuentra en la civilización moderna de que nos enorgullecemos, está fundado en los preceptos y consejos de Cristo. Aquellos mismos que en los últimos tiempos han trabajado con empeño por arrojar á Cristo de la sociedad, para hacer simpáticas á las muchedumbres sus doctrinas, han tenido que falsificar las más hermosas máximas cristianas y cubrirse con sus apariencias. Así se ha hecho y se continúa haciendo la guerra á Cristo en nombre de la libertad, que nació al pié de la Cruz, de la igualdad que Cristo predicó durante su vida, de la dulce y hermosa caridad y fraternidad que nos legó en la víspera de su muerte.

Inverosimil parece tanta ingratitud del mundo contemporáneo para con Aquél, de quien ha recibido tan grandes é inapreciables beneficios; pero así como el pueblo de Israel elegido por el Altísimo y colmado de sus favores, desvanecido por el orgullo, no

quiso reconocer al Mesías prometido por Dios, esperado por espacio de muchos siglos, profetizado por tantos varones de virtudes singulares, esclarecido con tantos y tan portentosos milagros y lo despreció porque era humilde y pobre, predicaba la abnegación, el sacrificio y el menosprecio de los bienes de la tierra, de la misma manera la sociedad de nuestros días ensoberbecida por los triunfos de la inteligencia, que debe á Dios que la creó y por la cultura de una civilización que debe á Cristo que la predicó en su Evangelio, se levanta airada contra su Salvador y Maestro y viéndole crucificado, le rechaza para correr en pos de las delicias y de los placeres creyendo encontrar en ellos la felicidad que busca.

La ceguedad de nuestro siglo no es menos espantosa que la del pueblo judáico y á la manera que éste, no pudiendo negar, ni siquiera oscurecer el brillo de los milagros de Cristo, pidió sin embargo tumultuosamente la muerte de Este y la libertad del malhechor y homicida Barrabás, los enemigos de Cristo y de la Iglesia en nuestros días, á pesar de que no pueden poner en duda la

santidad de la doctrina evangélica, ni oscurecer el brillo divino que ella irradia sobre los hombres á través de los siglos, se esfuerzan en arrojarla de los pueblos, mientras dan en ellos libre entrada á las más disolventes y absurdas teorías. Vese hoy con la mayor indiferencia cómo se predica y se defiende el robo y el homicidio: anúncianse á diario reuniones en que se preparan los grandes crímenes con que el anarquismo suele enlutar, de vez en cuando, nuestras ciudades y la sociedad permanece tranquila; pero esa misma sociedad, que no altera su reposo ante la rapidez con que se extienden hasta los últimos rincones del mundo doctrinas tan perniciosas, no puede tolerar que unos pocos discípulos de Cristo se congreguen para poner en práctica sus consejos, para enseñar su doctrina, para consolar á los pobres y á los desgraciados y los arroja de su seno ¡qué ceguedad tan lamentable!

Por esto es necesario, hermanos é hijos carísimos, que en tiempos tan calamitosos en que de tal manera se combate á Cristo, fuente de salud y de vida, procureis con gran empeño no apartaros de sus divinas en-

señanzas y redobleis vuestros esfuerzos para que todas vuestras acciones se inspiren en sus ejemplos. Para ello es preciso ante todo que fundeis vuestra vida en la santa virtud de la humildad. La soberbia ha sido siempre la bandera de Satanás que por ella fué arrojado del cielo y el lazo de perdición con que ha logrado hacer á muchas almas participantes de su eterna desgracia. Por eso los mundanos, seguidores de Lucifer, han tenido como principal distintivo en todos los tiempos la soberbia de su jefe y maestro. Mas tal vez en ningún tiempo el orgullo ha desvanecido tanto á los hombres como en la época presente. Parece que sobre nosotros y á nuestro alrededor la soberbia humana ha formado densos nubarrones que oscurecen las inteligencias más claras. Parece que un veneno sutil de propia suficiencia y estimación está difundido en la misma atmósfera que respiramos y se introduce, sin que de ello nos demos cuenta, en lo más hondo y escondido de nuestro espíritu. Así se explica la confusión de ideas que reina en el mundo actual porque el error, la duda y la confusión son consecuencia nece-

saria de la soberbia así como la claridad, la paz y el orden siguen de cerca á la humildad. Cristo vino á salvar y redimir á los hombres, á quienes la soberbia había arrastrado al pecado, regenerándolos por medio de la humildad. Quiso nacer de madre humilde y rodeado de las mayores privaciones, vivir vida humilde y morir en medio de humillaciones tan grandes, que parece no pueden concebirse mayores. Su comunicación fué con los humildes, humildes fueron los que eligió para apóstoles de su doctrina y á todos aquellos que quieran seguirle, exígeles la humildad como condición absolutamente indispensable para entrar en el reino de los cielos. «*Amen dico vobis, nisi conversi fueritis et efficiamini sicut parvuli non intrabitis in regnum cœlorum*». (1)

La manifestación más clara y evidente de cómo el veneno de la soberbia ha penetrado en los corazones es la falta de sumisión y obediencia á la doctrina y preceptos de la Iglesia establecida por Cristo para ser á través de los siglos faro luminoso y guia infalible de todos los hombres y á la que pro-

(1) Math. XVIII-3

metió su asistencia hasta la consumación de los tiempos. Es frecuente que muchos católicos pretendan formarse una religión acomodaticia en la que suprimiendo á su placer, aquellas doctrinas que no les agradan y aquellos preceptos que les parecen onerosos, conservan una sombra de catolicismo, permaneciendo tranquilos á pesar del olvido de las enseñanzas de Cristo y tomando á injuria que no se les dé el título de católicos. No pocos de los que se dicen hijos de la Iglesia combaten sin el menor reparo sus disposiciones y hacen guerra despiadada é implacable al clero y á los institutos religiosos aprobados y recomendados por el Vicario de Cristo. Tan grave es el mal que no es raro encontrar hasta católicos que se tienen por ejemplares y fervorosos y á pesar de ello discuten á cada paso la autoridad de la Iglesia y con diversos pretextos dejan de obedecer sus mandatos.

No os dejéis seducir, hermanos é hijos muy amados, por este espíritu de soberbia tan contrario á los ejemplos y á las máximas de nuestro divino Redentor y causa principal de los grandes males que lamenta-

mos. Para ser de Cristo es absolutamente indispensable que le sigamos en su humildad y que como fundamento principal de todas nuestras acciones manifestemos una sumisión completa y sin reservas á las enseñanzas que El nos comunica por medio de la Iglesia. Si no estamos unidos íntimamente á la Iglesia es señal indubitable de que estamos alejados del espíritu de su Fundador. La unión y adhesión á la persona de Cristo ha de medirse por la sumisión á sus representantes sobre la tierra, pues que el mismo Redentor del mundo ha dicho á los Apóstoles y en ellos á sus sucesores: el que á vosotros oye á mi me oye; el que os desprecia á mi me desprecia. «*Qui vos audit me audit: et qui vos spernit me spernit*» (1).

Además de la humildad es necesaria otra virtud compañera inseparable de ella y que no nos ha sido menos recomendada por Cristo. Su valor es tal, que todas las demás virtudes toman de ella el brillo con que se hermosean y la eficacia con que hacen las acciones humanas aceptas á Dios y dignas de eterna recompensa. Esta virtud es la

(1) Luc. X—16.

virtud de la caridad, que consiste en amar á Dios con amor profundo é inquebrantable y en amar á todos los hombres por Dios, aún á costa de los más grandes sacrificios. La caridad fué enseñada por Cristo, con palabras y ejemplos de manera que puede considerarse como la fundamental de todas sus enseñanzas. En ella están incluidos todos los preceptos y consejos evangélicos y de tal modo es necesaria á todos aquellos que quieran seguir á Cristo que el mismo divino Redentor la señala como el distintivo por medio del que ha de reconocerse á sus discípulos: «*In hoc cognoscent omnes quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem*» (1).

La caridad verdadera sólo en Cristo se encuentra. Ni los antiguos sabios y filósofos, ni los modernos *regeneradores* de la sociedad han acertado á enseñar la práctica de esta virtud, por que es virtud que se funda en el sacrificio y sólo puede enseñarla el que todo lo sacrificó por el hombre: el que se despojó de toda su grandeza y majestad para hacerse pobre: el que derramó toda su sangre por

(1) Joann. XIII-35.

la redención del mundo; el que aceptó los desprecios y los abatimientos más extraordinarios que pueden concebirse y siendo Dios de infinito poder murió en una Cruz; y siendo la sabiduría eterna fué tenido por necio y loco; y viéndose cruelmente perseguido, injustamente condenado y abrumado por tal multitud de menosprecios é injurias que Isaias le llama proféticamente varón de dolores, despreciado, como el último de los hombres: «*Despectum et novissimum virorum, virum dolorum, et scientem infirmitatem*» (1), murió perdonando á sus verdugos y rogando por ellos á su Eterno Padre.

Cristo en aquellos últimos momentos en que antes de su muerte habló con sus discípulos, y les dió para que ellos las transmitiesen á todos nosotros aquellas enseñanzas en que parecía resumirse cuanto había venido á enseñar á los hombres, dejó á estos, como legado, el amor encendido hacia Dios, el celo ardiente por la salvación de las almas, la suavidad y dulzura para con nuestros hermanos aún aquellos que nos agravian y hacen mal. Este fué el resumen, el compendio

(1) Is. LIII—3.

de la grande obra que el divino Verbo vino á realizar sobre la tierra. Parece que el Salvador de los hombres encontraba suficientemente recompensados todos sus afanes y todas las humillaciones á que se había sometido y á que había de someterse en adelante si lograba infundir en sus corazones la santa y hermosa virtud de la caridad.

Mas si, como decíamos poco ha, la virtud de la humildad es casi desconocida en nuestros días, no es menos verdad, por desgracia, que la caridad verdadera y los sacrificios, que son legítima consecuencia de ella, suenan á cosa rara é inaudita en los pueblos modernos, cuya nota característica es el egoismo que se extiende por todas partes y alcanza á todas las clases sociales.

Y si es evidente que la soberbia produce estragos deplorables entre los cristianos de nuestro tiempo, no es menos cierto, desgraciadamente, que el egoismo ha extendido sobre la sociedad una espesa capa de helada indiferencia, que ha destruido las ideas grandes y nobles que surgen del corazón al calor vivificante de la caridad. Si se examinan las diversas manifestaciones de la actividad inte-

lectual en la sociedad contemporánea vense en su mayor parte ó manchadas por un cínico alarde de egoista indiferencia ú oscurecidas por un negro pesimismo, que induce á la desesperación. Muchas veces llega aun á las personas piadosas esa ola de pesimismo que induce á considerar irremediables los males que padecemos é inútiles todos cuantos esfuerzos hagamos por evitarlos. Con harta frecuencia vese á los católicos, aun los más decididos, retirarse desalentados al interior de sus hogares, conceptuando imposible la restauración de la doctrina de Cristo en los pueblos de nuestro tiempo. Semejan soldados dispersos de un gran ejército que huye sin combatir.

Consecuencias son estas, hermanos é hijos muy amados, de la falta de aquella caridad viva y ardiente que Cristo quiere sea el distintivo de sus fieles discípulos. El egoismo ocultándose bajo formas, al parecer inocentes, induce á no pocos á encerrar sus buenas obras en lo más recóndito y escondido de sus casas y á no sacrificarse trabajando en la grande obra de la regeneración cristiana del mundo. La falta de una caridad perfecta in-

troduce divisiones entre los hijos de la Iglesia é inutiliza, hartas veces, sus esfuerzos, siendo causa de que caigan en el vacío las advertencias y sabios consejos del Romano Pontífice. La tibieza con que se profesa la excelsa virtud de que hablamos, hace que sean raros los grandes sacrificios de que nos dejaron heróicos ejemplos los católicos de otros siglos y que se vean con frecuencia languidecer y morir muchas obras buenas por falta de abnegación en aquellos que debían sostenerlas.

Ante males tan graves y estragos tan lamentables, no podemos menos de rogaros desde lo más íntimo de nuestro corazón, que resistais valerosamente estos grandes peligros de los tiempos en que vivimos y os apresteis á trabajar sin tregua ni descanso en restaurar el nombre de Cristo y sus divinas enseñanzas en todos los órdenes de la vida, no reparando en sacrificar para ello cuanto sea necesario.

Rogamos principalmente á los sacerdotes, que son nuestros más poderosos auxiliares, que se inspiren en los ejemplos y doctrina de Cristo á quien representan y no cesen de

predicar su doctrina y las grandes virtudes de la humildad y la caridad, antídoto seguro contra las enfermedades sociales de nuestros días. Vivan en unión íntima é inquebrantable con la persona del Divino Maestro representado por los Pastores, que gobiernan la Iglesia y ligados entre sí por aquel amor fraternal y por aquel celo ardiente de la salvación de las almas, que distinguía á los Apóstoles, cuando después de la venida del Espíritu Santo se esparcieron por todos los pueblos de la tierra para predicar la doctrina que recibieran de Cristo. Consideren cuán grande es la recompensa que Dios da á aquellos sacerdotes, que cumplen sus deberes y son por esto mismo cooperadores del Redentor en la grande obra de la salvación de las almas.

Y porque es necesario que nuestros trabajos respondan á las necesidades de los tiempos en que vivimos, os encarecemos sobre todo, amados hermanos, procureis no desdeñar ninguno de los medios de propaganda social de tanta eficacia en el siglo presente. La difusión de las buenas lecturas, la catequesis de los niños, las escuelas de adul-

tos, las instituciones económicas de carácter social deben ocupar lugar muy preferente en los trabajos apostólicos de los sacerdotes.

Y á todos vosotros, hermanos é hijos carísimos, sacerdotes y seglares, os encomendamos que tengais muy presente que fuera de Cristo no hay salvación y que no debemos dejar de tener á la vista nuestro divino modelo para acomodar á El todas nuestras acciones. Resistid con valor las tentaciones y seducciones del mundo y no permitais que el egoismo, la indiferencia, la soberbia, males gravísimos de nuestra época, entren en vuestras almas. Coadyuvad cada uno en la medida de vuestras fuerzas á que todas las manifestaciones de la actividad humana, así las ciencias como las artes, la literatura como la legislación, se inspiren en Cristo.

Sobre todo os recomendamos que os aparteis del error por desgracia frecuente en la época actual de creer que la religión es solo para el interior de los hogares ó para el recinto de los templos y tengais muy presente que Cristo restauró todas las cosas y que tenemos obligación de seguirle en todos los actos de la vida, sin excepción alguna.

Principalmente en esa gran batalla social, en cuyos comienzos nos encontramos, no perdais de vista que es inútil buscar la solución de las cuestiones sociales fuera de Cristo. La religión santa que El enseñó y que tenemos la dicha de profesar, es la única que posee el secreto de que á pesar de las desigualdades sociales, que siempre han existido sobre la tierra y que tienen su principal fundamento en la misma naturaleza del hombre, los altos montes, que las riquezas levantan en el mundo se abatan y humillen por medio de la caridad y los valles profundos constituidos por los que en la vida presente sufren los rigores de la pobreza y de las privaciones, se eleven por medio de la grandeza de alma, del trabajo y de la virtud. Así lo profetizó Isaias refiriéndose á la obra admirable que por medio del Redentor había de realizarse y lo repitió el Santo Precursor en su predicación á orillas del Jordán, cuando describía las cualidades de que había de estar adornado el Mesías prometido. «*Omnis vallis implebitur: et omnis mons et collis humiliabitur*» (1).

Antes de terminar enviamos nuestro pri-

(1) Is XL-3 et Luc. III-5.

mer saludo á nuestro muy amado Cabildo Catedral, que es nuestro Consejo y Senado. Vosotros sois, venerables hermanos, los que estáis constituidos al frente del clero de la diócesis y por esta razón debeis ser el ejemplar y modelo de todos, para que podais repetir las palabras del Apostol San Pablo á los de Corinto: «*Imitatores mei estote, sicut et ego Christi*» (2). Nos confiamos en gran manera en que nos auxiliareis eficazmente en la difícil labor que el Señor ha cargado sobre nuestras débiles fuerzas y que vuestro zelo por la salvación de las almas, vuestra caridad y vuestra adhesión á la persona de Cristo y á su doctrina, serán el más sólido apoyo de nuestro gobierno.

Saludamos en segundo lugar al clero parroquial. Vosotros sois los que habeis de llevar hasta los últimos rincones del territorio confiado á nuestros cuidados la voz de Dios: vosotros los que habeis de realizar en los pueblos y en las aldeas la difícil misión de fortalecer á los débiles, instruir á los ignorantes, consolar á los afligidos y distribuir á los fieles todos el alimento de la sana doctri-

(2) I Cor. XI-1.

na y de los sacramentos. Vuestra tarea es espinosa: está llena de fatigas y amarguras, que el mundo no conoce ni recompensa; pero Dios, que lo aprecia en su justo valor, la recompensará largamente. De vosotros, amados hermanos, depende la salvación de muchas almas, que no conocerán á Cristo, ni serán participantes de sus méritos, sino por vuestra mediación. Nós conocemos vuestras virtudes y abnegación y esperamos que Dios bendecirá vuestros esfuerzos y mediante ellos, conservará en este país el tesoro inapreciable de la fé á pesar de los vientos de incredulidad, que por todos los puntos del horizonte se oyen rugir.

A las Comunidades religiosas pedimos sus oraciones y su valioso auxilio. A ellas están encomendadas las Misiones, el cuidado de los enfermos, la enseñanza y educación de los niños. Sus grandes virtudes y su no menor espíritu de zelo nos hacen bendecir al Señor porque nos ha concedido tan poderosos auxiliares, que ya en el interior de los claustros, elevando al Altísimo oraciones fervorosas, ya multiplicándose en las diversas obras que la Religión ha hecho brotar en

medio de los pueblos, que tienen la dicha de profesarla, han de alcanzar gracias abundantes del cielo y producir frutos saludables sobre la tierra.

También esperamos que las autoridades todas han de auxiliarnos en el desempeño de los deberes anejos á nuestro cargo. La Religión es el fundamento más sólido del órden social y la doctrina de Cristo el auxiliar más eficaz, que pueden encontrar los que en nombre de Dios rigen los destinos de los hombres para conseguir el respeto y obediencia, que necesitan, si han de cumplir la altísima misión que les está confiada.

Ultimamente os enviamos á todos, venerables hermanos y amados hijos, con toda la efusión de nuestra alma un saludo que reune los afectos más íntimos de nuestro corazón, y las grandes esperanzas, que nos han hecho concebir vuestra religiosidad y el amor y docilidad que hasta el presente habeis manifestado á aquellos á quienes el Espíritu-Santo ha elegido para regir esta ilustre Diócesis.

Pedimos á Dios por los méritos de Jesucristo, por la intercesión de la Virgen San

tísima que no perezca ninguno de aquellos que ha colocado bajo nuestra dirección y gobierno, que vuestra fé crezca y vuestra caridad se aumente, para que ella forme vuestro principal ornamento y corona, que os colme de prosperidades sobre la tierra y os conceda las delicias de la eterna bienaventuranza y á este fin os damos nuestra paternal bendición en el nombre del Pa † dre y del Hi † jo y del Espíritu † Santo.

Dada en nuestro Palacio de Astorga á 30 de Marzo de 1905.

✠ *Julián, Obispo de Astorga.*

Por mandado de S. S. I. el Obispo, mi Señor,
Dr. Agustín Parrado,
Secretario.

Imp. y Lib. Religiosa de N. Fidalgo.—ASTORGA